

MIS VIEJOS CALAMORROS

Clodomiro Ríos

Después de cada jornada acostumbraba dejar colgados mis calamorros en el clavo que instalé en el marco de la puerta, en uno de sus costados, ahí descansaban mientras yo lo hacía sobre la cama. Me acompañaron por años y al retirarme de la salitrera se quedaron allí hasta que alguien en complicidad con el abandono —o quizá ellos mismos lo decidieron— los llevó hasta la medianía de la pampa para que se alojaran eternamente al amparo del viento, el calor y frío del desierto. Hoy son dos bototos aún unidos por sus cordones, pequeñitos, secos y arrugados que en cada línea de sus antiguos cueros guardan la amistad y el recuerdo de todo cuánto vivimos juntos.

FIN